

## Otoño caliente

El curso político se presenta, como siempre, complicado. El PSOE quiere lavar su imagen errante aferrándose ahora a los símbolos comunes de la Nación, cosa que no me parece mal, así evitarán criticar a los que los han usado hasta ahora sin problemas; lo que pasa es que lo hacen para que olvidemos las concesiones insensatas a los nacionalistas, estrategia con la que causaron de paso graves molestias a muchos de los suyos que han abandonado la formación socialista, como Rosa Díez y otros que ya la han seguido.

El PP, por su parte, viene padeciendo el acoso de quienes, intra portas, apuestan por la amortización de Rajoy. No son pocos los que, por emplear un término radiofónico que gusta mucho a cierta derecha, piensan que los líderes del PP son unos *maricomplejines*. Por su parte, la izquierda difunde machaconamente la especie de que en el PP hay mucha *derecha extrema*. Por si fuera poco, las legítimas aspiraciones de Ruiz Gallardón son catapultadas mediáticamente, y se suscitan debates inútiles: bastaría con que en el mismo partido se tomaran las cosas con calma, para que nada pasara. Si las declaraciones del alcalde de Madrid, quizá extemporáneas, pero no por ello merecedoras del degüello, fueran consideradas como normales en un partido, y no se siguieran consignas *jimenezlosantianas* ni se estremecieran los aparatos, todo iría mejor.

A la calentura del otoño contribuirán todas estas cosas y el funcionamiento, a veces chirriante, de las maquinarias electorales de los partidos. Se nos exhibirá por doquier a un Rajoy, con su flema gallega y a un Zapatero, primer premio en el baile de la yenka. Lo que pasa es que en el gigantesco escenario político de la piel de toro parten los populares con desventaja, porque el Gobierno tiene a su disposición fortísimos medios, entre los que sobresale el baúl de los dineros, que a buen seguro experimentará, si Dios

y Solbes no lo remedian, algún bocado de consideración del huero Zapatero. Además, la izquierda ha manejado desde siempre, por disciplina y por necesidad, la agitación y propaganda.

Está por ver, aunque me malicio que no sea excesiva, la influencia en la cosa de los Ciudadans y del nuevo partido de Rosa Díez. Son formaciones netamente de izquierdas y supongo que al PP no le restarán excesivos votos; por esa concepción ideológica con la que parten pienso que es esfuerzo vano que el centroderecha proclame que lo que defienden los nuevos partidos ya lo vienen haciendo ellos desde siempre. Sería impensable, creo, que los líderes descontentos del PSOE se hubieran unido al PP.

Eso sí, aquéllos pellizcarán votos en un segmento en el que también deben hacerlo los otros partidos nacionales, el de los votantes sin clara adscripción ideológica, que confían en quienes consideran más serios o suponen que lo harán mejor. Ahí sí que pueden perjudicar, no sé en qué medida, al Partido Popular. Ergo, haciendo de la necesidad virtud, no estaría mal de cambiar de vez en cuando de emisora y ofrecer a esos votantes la auténtica y real imagen del PP: la de un partido serio y coherente, al que no hay que tener ningún miedo, digan lo que digan las consignas de la izquierda.

Por lo demás, haría muy bien Rajoy en mantener buenas relaciones, desde la distancia ideológica, con Rosa Díez y con los de Ciudadans: el líder popular tiene recursos más que sobrados para convencerlos de que con un gobierno presidido por él no tendrían cabida los bandazos disgregadores de esta legislatura. Y también tendrá que acercarse a Durán i Lleida, que está clamando a voz en grito por una política catalana más realista, y pudiera ser un buen socio de Rajoy. Porque, desde luego, una vez más, todos irán contra el PP, y hay que tener previsto hablar con quienes, si no se obtiene mayoría



absoluta, puedan ayudar a recuperar un proyecto nacional coherente.

El PP no debe tener ningún complejo. La izquierda no tiene ninguna superioridad moral. Ahí está, en Francia, Sarkozy, con mensajes asentados en valores que proclama con nitidez y con éxito. Lo único que debe hacer es predicar buena gestión, moderación, seriedad y capacidad. Y exhibir sin miedo los éxitos de la época de Aznar, que los hubo y muchos. Y si hubo errores, no pasa nada. Más y de más bulto los ha cometido Zapatero en cuatro años. Insisto, moderación. Hoy las elecciones no las ganan voceros con las venas del cuello hinchadas; tampoco cambalacheros ni escaladores. Rajoy debe formar las mejores listas, sin abusar del poder del aparato. La democracia interna ha de llegar a los partidos con normalidad. Es preciso contar con quienes saben lo que hacen y, sobre todo, creen en lo que hacen.

Juan Carlos Fernández